

Tal fué la conquista romana. En Inglaterra, como en todas partes, los Romanos sembraron gérmenes de civilizaci6n; pero este beneficio fué pagado muy caro con el envilecimiento de los vencidos. Cuando las legiones fueron llamadas para salvar á Roma y á la Italia, la Inglaterra, abandonada á sí misma, no encontró bastantes fuerzas para rechazar las invasiones de <sup>los</sup> Pictos y de los Escotos, que ocupaban el norte de la isla; imploró el auxilio de sus vencedores. *Gildas*, el Jeremías de la Bretaña, da á conocer la carta que los Bretones dirigieron á Aecio: « Los Bárbaros nos arrojan al mar y el mar nos echa hácia los Bárbaros; no podemos escoger más que el género de muerte, la espada ó las olas » (1). Los gemidos de la Bretaña no fueron escuchados; ent6nces llamó en su auxilio á los Sajones.

Los Sajones eran el espanto del Imperio. *Sidonio Apolinar*, el obispo poeta, describe con vivos rasgos el terror de los provincianos y la crueldad de los Bárbaros (2): « No hay enemigo más feroz. Atacan cuando ménos se los espera; cuando está uno preparado para recibirlos, se marchan.... Todo remero es entre ellos un archipirata; todos mandan, obedecen, aprenden y enseñan el bandiderismo. Los naufragios no los asustan, son su elemento; se aprovechan de las tormentas de la naturaleza para sorprender su presa.... Antes de volver á sus hogares sacrifican la décima parte de sus cautivos. » Los Sajones vencieron á los Pictos y á los Escotos; pero los vencedores se volvieron contra los Bretones, y ent6nces comenzó una escena de devastaci6n y de carnicería que no tiene igual en la historia.

« La mano sacrílega de los Bárbaros venidos de Oriente, dice *Gildas*, llevó el incendio de uno á otro mar; la llama no se detuvo hasta despues de haber quemado las ciudades y los campos en casi toda la superficie de la isla y de haberla barrido como una lengua roja hasta el mar occidental.... Todos los habitantes, incluso los guardas de los templos, los sacerdotes y el pueblo perecieron por el hierro ó por el fuego. Una torre de venerable aspecto se levanta en medio de las plazas públicas, cae: los fragmentos

(1) GILDAS, de *Excidio Britannia*, c. 13.

(2) SIDON., APOLLINAR., *Epist.* VIII, 6.

de los muros, las piedras, los altares sagrados, los miembros de cadáveres, amasados y mezclados con sangre, parecían heces comprimidas en una horrible prensa.... Algunos desgraciados que se escapaban de estos desastres eran perseguidos y degollados en la montaña; otros, acosados por el hambre, volvían y se entregaban al enemigo para sufrir eterna servidumbre » (1).

Los colores de este cuadro son demasiado recargados para ser la expresi6n de la verdad; sin embargo, el testimonio del *Cronista saj6n* demuestra que se cometieron atrocidades inauditas: « En aquel año los reyes Aella y Cissa pusieron sitio á Anderida; mataron á todos los habitantes; ni un solo Breton quedó con vida » (2). Se concibe que en vista de tales testimonios los historiadores modernos hayan creído que toda la poblaci6n indígena fué exterminada; pero esto es generalizar hechos aislados. Los Germanos no estaban animados por aquel furor de destrucci6n que caracteriza las invasiones de los Tártaros; buscaban puntos donde establecerse y no podían, por consiguiente, convertir los países conquistados en desiertos. A pesar de la gran matanza llevada á cabo, subsistió la mayor parte de los vencidos por el interés que en ello tenían los vencedores; reducidos al estado de siervos cultivaron para los vencedores el suelo de la Bretaña, que en otro tiempo habia sido su propiedad (3).

De todas las conquistas germánicas la de los Anglo-Sajones fué la más violenta. En las Galias, en España, los Romanos impusieron su lengua y su religi6n á los conquistadores. En Inglaterra la lengua latina desapareció; el cristianismo se borró hasta tal punto que fueron necesarios nuevos misioneros para predicar el Evangelio á los vencedores y á los vencidos; los Germanos imprimieron su lengua, sus instituciones y su genio á la isla de los Bretones. La conquista fué tan benéfica como ruda; los Anglo-Sajones, mezclados con la raza indígena, cubren hoy los dos mundos y ocupan el primer lugar en la civilizaci6n europea.

(1) GILDAS, de *Excidio Britannia*, c. 24, traducci6n de CHATEAUBRIAND.

(2) CHRON. SAXON., p. 15.

(3) TURNER, *History of the Anglo-Saxons*, III, 5 (t. I, p. 191). El nombre de Breton ó de Galo se hizo sinónimo de servidor ó tributario (THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, lib. II).



N.º 3. — *La Europa despues de la invasion.*

La comparacion del Imperio romano con el mundo germánico despues de la invasion inspira á todos los historiadores una tristeza profunda; aquí ven el dominio de la barbárie, allí los beneficios de la civilizacion: « Todo el Occidente, dice Voltaire, estaba desolado ó en poder de los Bárbaros. Tantas naciones, en otro tiempo subyugadas por Roma, habian vivido al ménos hasta el siglo v en una feliz dependencia. Es un espectáculo único, sin igual en todas las edades, el de aquellos vencedores que construyeron para los vencidos esas vastas termas, esos anfiteatros, esos grandes caminos que ninguna nacion despues acá se ha atrevido á imitar.... Cuando se pasa de la historia del Imperio romano á la de los pueblos que lo han desgarrado, se encuentra uno como un viajero que sale de una soberbia ciudad y se ve en un desierto cubierto de abrojos. Veinte jergas bárbaras sucedieron á esa hermosa lengua latina que se hablaba desde el fondo de la Iliria hasta el monte Atlas. En lugar de aquellas sábias leyes que gobernaban la mitad de nuestro hemisferio, no se encuentran más que costumbres salvajes. Los circos, los anfiteatros se ven convertidos en ruinas cubiertas de paja. Aquellos grandes caminos, tan magníficos, tan sólidos, construidos desde el pié del Capitolio hasta el monte Tauró, están cubiertos de aguas corrompidas. La misma revolucion tiene lugar en los espíritus. Gregorio de Tours, el monje de San Gall, Fredegario, son nuestros Polibios y nuestros Tito-Livios...»

Gregorio de Tours y Fredegario sentian que vivian en una época de decadencia: « El culto de las letras se pierde y perece aún en las ciudades de la Galia..... Los Bárbaros se entregan á su ferocidad, los reyes á su furor..... Muchos hombres gimen diciendo: ¡ Malditos sean nuestros tiempos! ¡ El estudio de las letras ha muerto entre nosotros!... » (1). Tales son las quejas del primer historiador de los Francos. Su continuador Fredegario expresa todavía con más tristeza la decrepitud de la civilizacion: « Yo hu-

(1) GREGOR. TURON., *Præfat.*

biera deseado, dice, estar dotado de una elocuencia tal que me hubiese asemejado algo á Gregorio de Tours. Pero es difícil coger agua en una fuente que se seca. De hoy en adelante el mundo se hace viejo, la sagacidad de los hombres se embota. Ningun hombre de estos tiempos puede parecerse á los oradores de las edades precedentes; nadie puede tener tal pretension » (1).

Comprendemos la melancolía de Gregorio de Tours y de todos los hombres afectos á la civilizacion romana. Veian un mundo que se desplomaba, mundo corrompido, es cierto, pero los contemporáneos no tenian conciencia de los vicios que hacian inevitable su muerte. No podian descubrir los gérmenes del porvenir que traian los conquistadores; los Bárbaros eran á sus ojos seres tan salvajes como los animales con cuyas pieles se vestian. Pero la historia no puede participar de estos sentimientos. Si nosotros vivimos, si avanzamos hácia el cumplimiento de nuestros destinos, lo debemos á los Bárbaros que tanto disgustaban á Gregorio de Tours. La sociedad antigua se hubiera extinguido en la decrepitud y en la corrupcion, en medio de sus ciudades florecientes, de sus circos y de sus anfiteatros. Ya lo hemos dicho, y lo repetimos para los que creen que la vida existe donde reina el orden bajo un gobierno regular: la magnífica administracion de Roma llevaba en su seno la muerte; la vida se encontraba en la sociedad desordenada, pero llena de porvenir de los Bárbaros.

Se acusa á los Bárbaros de haber cubierto de ruinas la Europa, olvidando las ruinas causadas por los Griegos y por los Romanos. La despoblacion no es una consecuencia de la invasion, sino que ha precedido á ésta y ha sido contenida por los pueblos del Norte. Polibio se quejaba ya de que las ciudades de la Grecia estaban desiertas y los campos sin cultivo; los hombres entregados al lujo y á la avaricia no contraian ya matrimonio y se negaban á alimentar á los hijos que nacia de uniones ilegítimas, ó cuando más querian tener un solo heredero que continuase en el seno de las riquezas su vida de ociosidad y de placeres; si la guerra ó la muerte acababan con aquellos escasos hijos, las familias se extinguian (2).

(1) FREDEGAR., *Prolog.* (BOUQUET, t. II, p. 413).

(2) POLYB., XXXVII, 4, 4, 6, 7.



Las ruinas de la Grecia entristecian ya á los contemporáneos de Ciceron. Se van acumulando á medida que declina la antigüedad: «No describiré, dice Estrabon, el Epiro y las comarcas que le rodean, porque estos países están enteramente desiertos; los soldados romanos acampan en casas abandonadas.» Plutarco se asombra de la escasez de hombres: «Hoy la Grecia entera no podria dar 3.000 soldados armados de todas armas; solamente la ciudad de Megara envió un número igual á Platea.» La despoblacion invadía hasta las ciudades comerciales: Alejandría habia perdido en el siglo III más de la mitad de sus habitantes (1).

La Italia estaba en parte desierta ántes de la llegada de los Bárbaros (2). Tito Livio pregunta cómo podian los Equos y los Volscos, tantas veces vencidos por Roma, levantar nuevos ejércitos; supone que existía una innumerable multitud de hombres libres en aquellas comarcas, en las cuales en su tiempo con dificultad se reclutaban algunos soldados, y que, á no ser por los esclavos, se hubieran convertido en una completa soledad. La Italia no podia ya alimentar á sus escasos habitantes: «Sin el extranjero, dice Tácito, no subsistiría; todos los días la vida del pueblo romano está á merced de las olas y de las tempestades» (3).

Roma era esencialmente conquistadora, y en la antigüedad la guerra traía consigo la devastacion y las ruinas. ¿Necesitarémos traer á la memoria Cartago, Numancia, Jerusalem, poblaciones enteras destruidas? Verdad es que las conquistas de Roma se distinguen por su carácter civilizador; pero, ántes de echar de ménos, como Voltaire, las ciudades, los anfiteatros y las vías romanas, veamos en qué pararon bajo el Imperio estas ventajas. «Los Bárbaros, dice Montesquieu, al hacer á los Galos esclavos de la gleba, apénas hicieron cosa que no hubiera sido practicada con más crueldad anteriormente.» Deben leerse en Salviano las horribles

(1) STRAB., VII, p. 223, 226, ed. Casaub. El mismo cuadro presenta de la Arcadia (VIII, p. 237).—PLUTARCH., *de defectu oraculor.*, c. 8.—GIBBON, c. X.

(2) SAN AMBROSIO dice de Italia (*Ep.* 39, al. 61, c. 3): «*Tot semirutarum urbium cadavera, terrarumque sub eodem conspectu exposita funera... in perpetuum prostrata ac diruta.*»

(3) LIV., VI, 12.—TACIT., *Annal.*, III, 54.

exacciones que se cometian con los pueblos. El orador cristiano nos presenta á los Galos «exterminados, por decirlo así, por los impuestos, obligados á abandonar sus casas para eludir la tortura, condenándose á destierro por no sufrir los suplicios. El enemigo, dice, es ménos temible para ellos que el que cobra las contribuciones para el príncipe; se refugian entre los Bárbaros para evitar las persecuciones de los recaudadores de las rentas públicas» (1).

Reducidos á la desesperacion, los Galos y los Españoles se sublevaron y se dedicaron al bandolerismo. «Se acrimina á los Baquaudas por su desercion, exclama Salviano. Pero ¿no se comprende que las proscripciones, las rapiñas, las concusiones de los magistrados son las que les han hecho abandonar el título glorioso de ciudadano romano, despues de haber perdido todas las ventajas de la libertad?.... ¡Llamamos rebeldes y malvados á unos hombres á quienes hemos obligado á ser criminales!.... Los magistrados, los agentes del fisco, en lugar de gobernar los pueblos que se les confian, los devoran como fieras; no contentos con despojarlos, como hacen los ladrones, los desgarran y se sacian, por decirlo así, con su sangre. Así es como aquellos infortunados se han visto obligados á hacerse Bárbaros» (2).

Entre los Galos y entre los Españoles, aquellos que no estaban unidos al suelo desertaban del Imperio; preferian vivir pobres y libres entre los Bárbaros á ser esclavos del fisco entre los Romanos (3). «Entre los Bárbaros, dice Salviano, no se encuentra una tiranía semejante á la nuestra. Léjos de cometer injusticias con los de su nacion, no las cometen ni aún con el ciudadano romano que habita en los lugares en que ellos dominan.... Por esto todos los Romanos que viven bajo su imperio piden al cielo, como una gran gracia, el no volver nunca á la obediencia de los oficiales del emperador y poder vivir siempre bajo el gobierno de los Godos.... No vemos que aquellos de nuestros conciudadanos que se hallan sometidos á los Bárbaros vengan á refugiarse entre nos-

(1) SALVIAN., *de Gubern. Dei*, lib. V, p. 109 y sig.

(2) *IBID.*, lib. V, p. 108 y sig.

(3) OROS., *Hist.*, VII, 41.—C. SALVIAN., lib. V, p. 108.—«*Malunt sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi.*»



otros, al paso que vemos que los Romanos que habitan en provincias en que aún domina el Emperador, buscan un asilo allí donde reinan los Godos. Debería admirarnos que no tome la misma resolución el pueblo bajo, pero los pobres no pueden hacerlo; no pueden llevar consigo sus muebles y sus chozas. Ya que no pueden realizar sus deseos, ¿qué hacen? Se ponen bajo la protección de personas poderosas, á las cuales se entregan en cierto modo como prisioneros de guerra. Colonos en apariencia, acaban por ser esclavos» (1).

«No son solamente los pobres, añade Salviano, los que suspiran por la dominación bárbara. Galos de las mejores familias se echan todos los días en brazos de los enemigos de Roma; van á buscar la humanidad entre los Bárbaros, no pudiendo soportar la inhumanidad de los Romanos. A pesar de la diferencia de las costumbres, de la diversidad de lenguaje, y aún, para decirlo todo, á pesar del repugnante olor que exhalaban los cuerpos y los trajes de aquellos pueblos extranjeros, quieren más bien sufrir todo esto que soportar las tiránicas violencias de los Romanos..... ¿Qué prueba más sensible puede pedirse de la iniquidad del gobierno, que el espectáculo de hombres que deberían considerarse muy felices con el lugar que ocupan en la sociedad, y que se ven precisados, por las injusticias de que son víctimas, á renunciar á su patria y á los derechos de su nacimiento?» (2).

Tal era el estado de las Galias y de la España, según Salviano. Su testimonio no es único (3). Un historiador bizantino nos ha transmitido la interesante narración de la embajada que Teodosio envió á Atila. Los comisionados quedaron sorprendidos al encontrar al lado del rey de los Hunnos un hombre que hablaba en griego: era un ciudadano del Imperio que se había hecho bárbaro.

(1) SALVIANO, *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 112 y sig.

(2) *IBID.*, lib. v, p. 107 y sig.

(3) En un panegírico de JULIANO (BOUQUET, *Recopilación de los historiadores*, t. I, p. 721) se lee: «Las comarcas de la Galia que se habían librado por intervalos de la devastación de los Bárbaros, estaban desoladas por infames bandoleiros bajo el nombre de jueces. Los hombres libres eran entregados al tormento, nadie estaba libre del ultraje; de suerte que se deseaba la llegada de los Bárbaros, y que los desgraciados ciudadanos preferían la cautividad á tantos males.»—Compárese á LEHUEROU, *Historia de las instituciones merovingias*, p. 120-150.

Les confesó que prefería con mucho la vida que llevaba entre los Bárbaros á la que había tenido como súbdito de los emperadores; y sin embargo, ¡aquellos Bárbaros eran los Hunnos, los más feroces de los pueblos tártaros, el espanto de las poblaciones! «Entre los Hunnos, dice, no hay que sufrir más trabajos que los de la guerra; salvo esto, se disfruta de la vida sin cuidados ni sobresaltos. Entre los Romanos, no solamente hay que sufrir los males de la guerra por la cobardía é impericia de los generales, por la licencia de los soldados, sino que las exacciones de los magistrados durante la paz son mil veces más terribles que las calamidades de la guerra» (1). Las leyes mismas demuestran el desgraciado estado del Imperio. Ya hemos dicho en otra parte cuál era la condición de los jefes de las ciudades y cómo trataban de eludir los honores que los agobiaban (2). En su desesperación, los Romanos llamaron á los Bárbaros como á sus libertadores; no siendo suficientes las penas ordinarias para contener esta traición, una ley condenó á ser quemados á los que abriesen la frontera á los enemigos (3).

La historia puede, pues, decir, como Salviano, que la invasión de los Bárbaros fué un beneficio aún para los contemporáneos. Indudablemente hubo desastres, ruinas, víctimas; en medio de sus pensamientos filosóficos, el historiador no debe cerrar su corazón á los gemidos de las poblaciones que perecieron bajo el hierro de los Bárbaros; puede sentir la pérdida de los monumentos de una civilización que se derrumba. Pero debe también extender sus miradas más allá de los males presentes; entonces descubrirá en medio de los escombros del mundo antiguo los gérmenes de una sociedad nueva, sociedad mejor que la que acaba de morir. Los Germanos, después de haber destruido, van á reconstruir. Sus primeros pasos en la civilización se resienten aún de la barbarie primitiva; pero las sociedades que van á salir de ese largo trabajo que se llama la Edad Media, estarán animadas por una vida fuerte y progresiva.

(1) EXCERPT., *de PRISCI historia*, p. 191, edit. de Bonn.

(2) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(3) L. I, COD. THEOD., VII, 1.



En su marcha hácia la perfeccion están inspiradas y sostenidas por una religion que estaba hecha para las razas vírgenes de la Germania. El cristianismo está íntimamente relacionado con los Bárbaros; su invasion le salva del contacto del paganismo; entónces es cuando se consolida y, para manifestar su virtud civilizadora, dirige palabras de humanidad á los vencedores y de consuelo á los vencidos.

### § III.—El cristianismo y la invasion de los Bárbaros.

#### N.º 1.—*El cristianismo y los Bárbaros.*

Hemos visto los Bárbaros en presencia de Roma. Habia otro elemento más en el mundo antiguo; ¿cuál fué la mision del cristianismo frente á frente de los conquistadores del Imperio? ¿Cuál fué el papel de la religion cristiana durante la invasion?

Se ha acusado al cristianismo de que precipitó la ruina de Roma. Desde que los paganos vieron levantarse un culto nuevo sobre las ruinas de los antiguos altares, imputaron á los cristianos todas las calamidades que afligian al Imperio. Les echaron en cara con extraordinaria amargura las invasiones de los Bárbaros y las derrotas de las legiones. Verdad es que Roma, victoriosa bajo el paganismo, decayó y pereció bajo la dominacion de la religion nueva. Los cristianos mismos se espantaron de aquella gran catástrofe; se asombraban, blasfemaban, viendo hundirse á la Ciudad Eterna (1). Estas acusaciones han sido repetidas por los filósofos del siglo XVIII; el cristianismo abria el cielo, dice Voltaire, pero perdía el Imperio (2).

Los Padres de la Iglesia han defendido con calor á los cristianos contra la acusacion de haberse unido á los Bárbaros. Accediendo á los deseos de Agustín, compuso Osorio su historia para

(1) AUGUSTIN., *de urbis excidio*, Sermo, § 1: «*Mirantur homines, et utinam tantum mirarentur, et non etiam blasphemarent, etc.*»

(2) Esta es tambien la opinion de J. DE MULLER (WEBER, t. XXXIII, p. 24 y sig., in-18).

probar que en todos tiempos habia habido en el mundo desgracias tan grandes como las que lamentaban los paganos. Su obra es una enumeracion fastidiosa de todas las calamidades, guerras, pestes, hambres, temblores de tierra, tempestades, crímenes, que afligieron al género humano en la antigüedad. La comparacion de lo pasado con lo presente hace á veces al historiador cristiano sospechar el progreso, pero esta idea pasa como un relámpago. Orosio está dominado por una idea sistemática; su historia es un alegato en pro del cristianismo contra las acusaciones de los paganos; en su deseo de defender á la religion cristiana, llega casi á negar las desgracias de su tiempo (1).

No seguiremos á Orosio en los detalles de su defensa; la justificacion es á veces tan poco fundada como el ataque. Podia darse una respuesta perentoria á las acusaciones de los paganos, que consistia en hacer ver, con la historia en la mano, cuál era la verdadera causa de la decadencia de Roma. Agustín la descubre en un admirable cuadro de la decrepitud del Imperio; presenta á los señores del mundo corroidos por el egoismo y la inmoralidad: «Lo único que les importa, dice, es aumentar sus riquezas para aumentar las profusiones de cada dia..... Los pobres no piden más que una ociosidad tranquila á la sombra de la dependencia de los ricos..... Los pueblos aplauden, no á los que cuidan de sus verdaderos intereses, sino á los que atienden á sus placeres..... La única libertad que desean es que cada cual pueda á su gusto, en cualquier lugar, á toda hora del dia ó de la noche, jugar, beber, vomitar, revolcarse en el fango..... La única institucion pública en que toman interes es la prostitucion, los teatros. Se necesita que las prostitutas abunden en las calles, para satisfaccion de aquellos que carecen de medios para mantener una concubina..... Los teatros resuenan con los clamores de una alegría disoluta, y se estremecen bajo las emociones de una voluptuosidad cruel ó vergonzosa... Esta es la felicidad que piden á sus dioses..... ¿Es este el Imperio romano, ó es más bien el palacio de Sardanápalo?» (2).

Una sociedad no puede subsistir cuando la corrupcion llega á

(1) Celebra los beneficios de la paz romana en medio de la invasion de los Bárbaros (III, 8; I, 21).

(2) AUGUSTIN., *de Civit. Dei*, II, 20.